

3º El demonio intenta impedir el misterio, o al menos los frutos, de la Encarnación.

Podemos entender ahora el odio que los demonios tienen al misterio de la Encarnación y a la realeza de Nuestro Señor Jesucristo y de su Madre.

- Expulsado del cielo, por odio contra Dios y por envidia contra el hombre, el demonio, aprovechándose de la libertad que Dios le concedía a pesar de su estado de condenación, se aplicó a impedir por todos los medios el misterio de la Encarnación. Por eso llevó a Adán y Eva al pecado. Pero en el mismo paraíso Dios le anunció, por segunda vez, que el Verbo encarnado saldría de la misma raza que él presumía haber vencido.

- Al llegar el tiempo de cumplirse las profecías, el diablo intentó por todos los medios impedir que el Mesías fuera reconocido por su pueblo, e incluso la obra misma de la Redención. Mas, a pesar de todas sus intrigas, dicha obra se realizó.

- Desde entonces, el demonio se dedica a contrariar al menos el misterio de la Encarnación en sus admirables efectos de salvación y redención para las almas. Hace cuanto puede contra Cristo, contra su Santísima Madre, contra la Iglesia y la sociedad cristiana. Edifica su propia Ciudad, contra la Ciudad de Dios, presidiendo todas aquellas empresas que ponen freno o incluso destruyen la acción de la Iglesia en el mundo. Mediante las tres concupiscencias desordenadas que observa en el hombre, intenta esclavizarlo a su poder, apartarlo de Cristo, de la gracia, de la virtud. Es el misterio de iniquidad, que ya está en acción desde el tiempo de los Apóstoles. Son las dos banderas, los dos campos: «*Quien no está conmigo, está contra Mí*». En esto se resume teológicamente toda la historia.

Conclusión.

Pues bien, sabiendo estas cosas, nosotros debemos ponernos resueltamente del lado de Nuestro Señor Jesucristo, del lado del misterio de Cristo, del lado del gran misterio de la Encarnación redentora. Para eso, empleemos bien el tiempo de Adviento según la intención de la Iglesia, preparándonos a recibir dignamente a nuestro Redentor.

Con este fin, intentemos tener más oración (rosario en familia, lectura piadosa, meditación) y menos diversión (internet, cine, películas, salidas). Dedicémonos a aquellas obras que disponen bien nuestra alma ante el misterio de la Encarnación, haciéndonos desear y esperar a nuestro Redentor igual que lo desearon y esperaron los justos del Antiguo Testamento.

Pidamos estas mismas gracias a la Santísima Virgen María.

Odio de los demonios contra el misterio de la Encarnación

Con el tiempo de Adviento la Iglesia empieza un nuevo Año litúrgico. Este tiempo está especialmente orientado a representarnos la larga espera del Redentor prometido. Por eso cuenta con cuatro semanas, en recuerdo de los cuatro mil años que la humanidad debió esperar al liberador que la redimiría del pecado. Es, pues, un tiempo ordenado a preparar el misterio de la Encarnación del Señor, o mejor dicho, a preparar nuestras almas para recibir las gracias contenidas en la Encarnación del Verbo de Dios.

Este misterio de la Encarnación, según el sentir de los más ilustres teólogos católicos, dividió en dos grandes bandos a todo el mundo creado, tanto angélico como humano. Por eso, vamos a exponer esta verdad con cierto detenimiento, para que sepamos darle a la Navidad del Señor, y a la conveniente preparación del Adviento, la importancia que realmente tiene.

Tres puntos son aquí dignos de consideración: • ante todo, la revelación hecha a los ángeles del misterio de la Encarnación; • luego, la rebeldía de muchos de ellos contra este misterio, por orgullo y envidia; • finalmente, la acción del demonio para impedir la realización del misterio de la Encarnación, o al menos frustrarlo en sus frutos de salvación para las almas.

1º Revelación del misterio de la Encarnación a los ángeles.

Dios, al crear a los ángeles en sus variadísimas especies y ordenados en sus jerarquías y coros, los elevó al orden sobrenatural, adornándolos con las virtudes infusas y dones, con cuya ayuda debían merecer el cielo. Pero la revelación nos dice que no todos los ángeles lo merecieron.

«*Un gran combate hubo en el cielo: Miguel y sus ángeles combatían contra el Dragón; y el Dragón combatía, y sus ángeles con él*» (Apoc. 12 7).

¿Cuál es ese **combate**? Siendo los ángeles puros espíritus, no pudo tratarse de una lucha material, como la de los Titanes de la mitología; ni de una batalla semejante a las de la tierra, en que los adversarios se atacan alternadamente con toda clase de armas y tácticas. Su combate, como su ser, fue puramente intelectual: se trata de una oposición entre puros espíritus, unos de los cuales aceptan una verdad, y otros la rechazan.

Es un **gran** combate. Para dividir el cielo en dos campos irreconciliables, y arrastrar al infierno a la tercera parte de los ángeles, mientras que aseguraba la bienaventuranza a las otras dos terceras partes, la verdad en litigio debió ser un dogma fundamental, que los ángeles estaban obligados a aceptar bajo pena de eterna condenación.

Es un combate **en el cielo**: • *no en el cielo de las verdades naturales*, pues en ese orden todos los ángeles son absolutamente perfectos: poseen desde su creación toda la ciencia de que son naturalmente capaces; • *ni tampoco en el cielo de la visión beatífica*, pues siendo la recompensa de la prueba, ese cielo es la morada eterna de la paz: allí las inteligencias contemplan sin velo la esencia divina, sin rivalidades ni divisiones posibles; • *sino en el cielo de la fe*, esto es, en el estado sobrenatural en que Dios los había colocado, con una prueba para merecer la gloria.

Para ser meritoria, la aceptación de esta verdad debía ser costosa. En el campo de la fe, dos grandes verdades se levantan como sus pilares: • la primera, **que Dios existe**: lo cual incluye todo lo referente a Dios, su naturaleza y sus perfecciones, y se resume en el *misterio de la Santísima Trinidad*; • y la segunda, **que Dios es remunerador de los que le buscan**: lo cual incluye todo lo referente a la providencia por la que Dios conduce a los ángeles y hombres a la salvación, y se resume en el *misterio de la Encarnación*.

Estos dos misterios, **Trinidad y Encarnación**, son de tal modo necesarios para nuestra fe, y para la unidad de la misma, que siempre debieron ser creídos por todos. Por los justos del Antiguo y del Nuevo Testamento. Por lo tanto, también por los ángeles. El primer misterio, sin embargo, no ofrecía para los ángeles la misma dificultad que el segundo. Creer en los atributos y privilegios de Dios en cuanto tal, sabiéndose creaturas suyas, era como lo más razonable. Pero admitir, merced al misterio de la Encarnación, una superioridad de los hombres sobre las naturalezas angélicas, eso es lo que pareció repugnar a muchos espíritus celestiales.

2º Rebeldía de muchos ángeles contra el misterio de la Encarnación.

Eso fue, pues, lo que sucedió. Dios reveló a los ángeles el magnífico misterio de la Encarnación, en virtud del cual El mismo se haría hombre, y de El deberían recibir todos, tanto hombres como ángeles, la gracia que los coronaría con la visión beatífica. **La aceptación del reinado de Cristo (y de su Madre) fue la condición puesta por Dios a los ángeles para llegar a la bienaventuranza.** Y es ahí donde Lucifer se rebeló.

«La proposición de esta felicidad suprema, ¿se hizo por medio de Nuestro Señor Jesucristo, por la adhesión al misterio de la Encarnación? Es probable, porque, ¿cómo concebir que Nuestro Señor sea el Rey de los Angeles, sin que hayan consentido a su reino? Así se entienden mejor todas las expresiones de la Sagrada Escritura: “Rey del cielo y de la tierra”, “Rey de todas las cosas”, “Se me ha dado todo

poder en el cielo y en la tierra”, “Por su propia esencia y naturaleza le corresponde la dominación sobre todas las cosas” (fiesta de Cristo Rey). La carta de San Pablo a los Colosenses (I 15-20) es explícita sobre el Reino de Nuestro Señor sobre los ángeles» (Monseñor Lefebvre).

Lucifer, en efecto, había sido creado por Dios como el máximo lugarteniente de Dios en la creación. Se dio cuenta de que Dios había impreso en la creación la regla de que todo ser inferior debe ser gobernado por el ser superior. De este modo, toda la creación material debía ser regida por la creación espiritual; y, entre los ángeles mismos, los inferiores debían ser gobernados a su vez por los superiores. Lucifer era la cumbre de todo el mundo angélico, y como tal le correspondía ser el Arcángel prepuesto al gobierno de todo el Universo. Todos los designios que Dios tenía sobre su creación debían realizarse por él, que era su principal creatura.

Grandísima dignidad, ciertamente, de la que Lucifer se envaneció excesivamente, pues a esta ley general Dios podía establecerle alguna excepción, como de hecho lo hizo. El Señor reveló a sus ángeles el misterio de la Encarnación redentora. El mismo, el Creador, se haría hombre, esto es, se uniría hipostáticamente a una naturaleza humana, en la cual deberían adorarlo todos ellos, que eran espíritus; y, gracias a esta naturaleza humana, El mismo sería el Mediador supremo entre Dios y los hombres, el encargado de llevar toda la creación, incluso angélica, a Dios. De este hombre-Dios deberían recibir los ángeles un influjo de gracia y de gloria, sin el cual no podrían llegar a su último fin. O aceptaban la realeza de Cristo sobre ellos, y se salvaban, o la rechazaban altanaramente, y se condenaban.

Y eso último es lo que pasó en los ángeles prevaricadores. Lucifer debió «razonar» como sigue: Señor, todo, desde el serafín hasta el gusano, se desarrolla en orden y jerarquía perfecta, tan perfecta que nadie debe tocarla. Nadie, ni siquiera Tú. ¿Qué es eso del milagro, es decir, la excepción, el capricho, el «desorden»? ¿Qué es eso de crear un hombre, y juntarlo nada menos que a una persona divina? ¿Dónde se ha visto tal cosa? A mí, y no a un hombre, toca conducir la creación a su último fin, y eso en virtud de las leyes que Tú mismo has puesto en la naturaleza de las cosas. ¿Qué es eso de crear una mujer que sea ¡horror! Madre de Dios? ¡No! Non serviam! (Padre Castellani).

Así pues, como lo que Dios le revelaba en la fe no respondía a su lógica, Lucifer pretendió conseguir el fin que Dios le asignaba, pero según su propio criterio. Se presentó ante todos los demás ángeles como el mediador a quien debían elegir, en lugar de Cristo, el Verbo encarnado en una naturaleza inferior a la de ellos.

Al punto San Miguel se le opuso, y con él los ángeles fieles, que no habían cedido a la sugestión tentadora de Lucifer. *«Miguel y sus ángeles luchaban contra el Dragón».* El desenlace de ese combate fue la expulsión de los ángeles prevaricadores del cielo, esto es, del orden de la visión beatífica, que ya nunca jamás poseerán, y del mismo cielo de la fe, que perdieron por su rechazo y negativa a aceptar la realeza del Verbo encarnado y de su Santísima Madre.